

ilumina ese deseo “pudoroso” y extraño con una genealogía fascinante de la figura de la niña prodigiosa en los textos darianos y con una descripción de la fascinación de Darío de gente “rara” tales como los multilingües africanos en el cuento y su forma de interrumpir la hegemonía occidental.

El libro concluye con algunas páginas impresionantes que complican la extensión de las representaciones modernistas. Geirola titula ese deseo orientalista, que resulta en la expresión absurda del lenguaje y que sólo alcanza la onomatopeya, “el límite del modernismo” (90), lo cual Darío incorpora en sus textos que interaccionan con ambas figuras orientales y europeas. La discusión de “síntoma del discurso orientalista colonial” que pone “en duda el saber y la consistencia del Otro simbólico hegemónico” (91-2) hace que ese estudio marque a Darío como figura central y denunciadora en las letras mundiales del fin de siglo. Propongo que *El Oriente deseado* sea una lectura esencial para los investigadores del Modernismo tales como todos los que están interesados en la historia de las letras latinoamericanas.

*West Texas A&M University*

ANDREW REYNOLDS

JUAN M. VITULLI. *Instable puente: La construcción del letrado criollo en la obra de Juan de Espinosa Medrano*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013.

Hace ya tres décadas que los estudios poscoloniales permitieron una significativa revaloración del lugar de las letras y la cultura coloniales más allá de las aproximaciones que se limitaban a comparar la producción americana (léase criolla) con la peninsular y europea o proyectaban el discurso nacionalista a las letras coloniales. Al resaltar el papel ideológico de las letras en los procesos de colonización, los estudios poscoloniales nos han permitido ver en el discurso mismo las dinámicas del poder y la violencia de la alta cultura. Con aciertos y desaciertos, la crítica poscolonial nos ha propuesto ver el archivo colonial como parte de la dominación o bien como espacio de la resistencia colonial. Sin embargo, las contribuciones recientes sobre el Barroco de Indias y en particular sobre la producción literaria y cultural de los criollos, al prestar mayor atención al complejo entramado discursivo y sus redes transatlánticas, nos ofrecen un mapa mucho más ambiguo del lugar de las letras en el mundo colonial.

Un ejemplo de estas nuevas aproximaciones que resaltan el contradictorio lugar de las letras coloniales es el trabajo de Juan M. Vitulli sobre el criollo cuzqueño Juan de Espinosa Medrano, el “Lunarejo”. El libro toma una metáfora de Góngora para

concebir las relaciones culturales entre España y los virreinos americanos como un “inestable puente” (258). Vitulli examina cómo el sujeto se construye discursivamente a sí mismo y demarca su lugar en el mundo colonial, situándose por ejemplo entre el allá metropolitano y el acá americano. Para ver estas “poses” del sujeto colonial y sus tensiones, Vitulli acude a concepto lingüístico de la deixis, mediante el cual se define el lugar, tiempo o persona del proceso comunicativo (60). Entre los ejemplos de la deixis, Vitulli cita una de las dedicatorias que anteceden al *Apologético*, la conocida defensa de Góngora. El Lunarejo afirma lo siguiente: “*Acá* llegan las luces de su valor, de su prudencia, rectitud, magnificencia y benignidad: hechizo que pudiera contentarse ciñendo su actividad a la esfera de *toda esa Europa*” (resaltado de Vitulli 141). El sujeto criollo se autodefine en relación a sus interlocutores para ocupar un lugar epistemológicamente privilegiado que le permitirá fungir ora de nativo (americano), criollo o español para “afianzar su espacio de poder, al definirse como el más apto para lidiar con la realidad de las Indias sin ser ni la pura otredad indígena ni la extrema visión europea” (62). El libro está organizado en cuatro capítulos.

El primer capítulo ofrece una introducción a la vida y obra de Espinosa Medrano y también traza un panorama de los estudios sobre el barroco de Indias desde las contribuciones seminales de Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón Salas en la década de 1940. También examina el lugar intersticial del intelectual criollo, a la vez agente y objeto del discurso, una figura compleja que no puede ya reducirse a esquemas binarios que lo ubican entre colonizador o colonizado.

El segundo capítulo se enfoca en el drama *Amar su propia muerte* de Espinosa Medrano. Este drama de tema bíblico sobre la muerte del guerrero Sisara a manos de Jael es recreado mediante la comedia barroca. *El libro de los jueces* del antiguo testamento es reelaborado con elementos claramente pertenecientes al mundo barroco hispánico. Allí están los temas de la honra, la limpieza de sangre y la fidelidad al rey. También aparecen los personajes típicos como el marido celoso, la fiel esposa, el rey tirano, el anciano sabio y el gracioso (93). La tesis principal de este capítulo es que este drama pertenece a la etapa de formación de Espinosa Medrano, cuando era colegial del seminario de San Antonio Abad (c. 1645-50). El escritor criollo busca demostrar su dominio del código teatral hispánico (68). Por ende, Vitulli argumenta que es insostenible ver este drama como un texto contra hegemónico, como lo ha propuesto la crítica, ya que está encaminado a afirmar que los criollos poseen la capacidad intelectual y el capital cultural necesario para ser reconocidos en el campo cultural hispano. Vitulli examina cómo el drama del Lunarejo se basa en la visión barroca del antiguo testamento que proponen Fray Hortencio Paravicino y Francisco de Quevedo, autores que cita en extenso el escritor cuzqueño (117). El primero establece paralelos entre Jael y Santa Teresa y el segundo afirma el carácter paradójico e ingenioso de los designios divinos con el ejemplo de una mujer que llega a vencer a un guerrero con un vaso de leche y un clavo (121).

Mediante la comedia, el escritor criollo entra en un diálogo transatlántico que le inscribe en el mundo barroco hispánico.

En este capítulo Vitulli ofrece un valioso recuento del infortunado destino del manuscrito del drama, perdido en un incendio a principios del siglo XX. Quedó la primera edición elaborada por el padre Rubén Vargas Ugarte y publicada por entregas en la *Revista de la Universidad Católica* entre 1932 y 1934. Vitulli describe luego las ediciones existentes del texto, las cuales están mayormente incompletas salvo la edición de Ricardo Silva-Santesteban para la serie *Antología General del Teatro Peruano* (2000). Es importante anotar que Vitulli ha elaborado la primera edición crítica de *Amar su propia muerte* (Madrid: Iberoamericana-Veuvert/Consejo Superior de Investigaciones Científicas 2011). Esta edición anotada y con un prólogo introductorio es una importante contribución a los estudios coloniales que merece reseña aparte y por alguna razón no aparece citada en *Instable puente*.

El tercer capítulo se enfoca en la imitatio en el *Apologético en favor de don Luis de Góngora, príncipe de los poetas líricos de España contra Manuel de Faria y Sousa, caballero portugués* (1662). Luego de un breve recuento de las aproximaciones históricas a este texto, primero visto como un ejercicio estilístico y posteriormente como un testamento de la independencia cultural americana, Vitulli examina la figura del criollo que emerge en el *Apologético* y sus textos encomiásticos o para-textos y también la discusión del propio Lunarejo sobre la *imitatio*. Estos para-textos incluyen la “censura”, una “aprobación”, una dedicatoria del autor y su prólogo “Al lector”. Vitulli examina cómo estos para-textos afirman la autoridad del escritor criollo. En ellos se evidencian los prejuicios peninsulares respecto a los criollos o indios. De una forma u otra estos para-textos buscan disipar esos prejuicios en un proceso en el cual los criollos colectivamente afirman su lugar en el mundo cultural hispánico. La última parte de este tercer capítulo analiza el uso de la *imitatio* en la sección VIII del *Apologético*. Vitulli localiza la intervención del Lunarejo en el contexto colonial. Se trata en últimas de “cómo se puede escribir después de Góngora desde los márgenes del imperio” (156). Vitulli se enfoca en un micro relato que aparece en esta sección en la cual se comenta la fallida imitación de un sermón de Paravicino por parte de un joven del Cuzco. Vitulli procede a examinar, con rigor, el sermón sobre Absalón, hijo de David. Según Paravicino la rebeldía de Absalón determina su caída. A partir de un texto bíblico, la alegoría barroca utiliza la tensa relación entre la autoridad del padre y el acto rebelde del hijo para entablar una reflexión sobre la *imitatio* en el arte. El análisis de Vitulli desglosa en detalle la densa red referencial barroca en forma que no puede resumirse fácilmente. En todo caso, el meollo es que la reflexión del Lunarejo gira en torno a si la rebeldía es “necedad” o es necesaria para que el arte no sea mera copia o “monería”. Esta tensión es inherente a la apropiación de la cultura peninsular por parte de los intelectuales criollos.

El último capítulo examina la colección de sermones titulada *La novena maravilla nuevamente hallada en los panegíricos sagrados en que varias festividades dijo el señor arcediano Doctor Juan de Espinosa Medrano*, publicada póstumamente en 1695 en Valladolid. En la primera parte del capítulo, Vitulli analiza el *Arte de hacer sermones* (1677) del criollo neogranadino Martín de Velazco y los textos preliminares correspondientes. Este manual le sirve a Vitulli para exponer las características retóricas del género y examinar la imagen del intelectual criollo o indiano que emerge allí. En esos textos, afirma Vitulli, parecen reproducirse “en miniatura las polémicas, discusiones y pactos que durante todo el siglo XVII los criollos y los peninsulares llevaron a cabo” (201). Vitulli pasa luego a la *Novena maravilla* en la cual trata los sermones relacionados con el alma mater del Lunarejo, Santa Rosa de Lima y las exequias de Felipe IV. Como en el resto del libro, la argumentación de Vitulli es clara y lógica y está bien documentada, con citas directas y precisas que son desglosadas in extenso. La única sección que me pareció que merecía más atención es la discusión sobre las exequias de Felipe IV, donde se enfatiza la lealtad de los cuzqueños al rey y el rol ejemplar del monarca en la defensa del dogma católico. Si bien hay un trabajo crítico que desglosa adecuadamente la retórica del sermón, quedan ausente dos referentes importantes que requiere leer el sermón más allá de lo que plantea el Lunarejo. Lo primero es que la exaltación de la fidelidad peruana tiene un trasfondo histórico y es la rebeldía de los “peruleros”, fama que acompañaría al virreinato por largo tiempo. Lo segundo es que es sabido que durante el reinado de Felipe IV el Estado hispánico vivió una de sus peores crisis, algo que sin duda no dejaron de percibir los criollos letrados. Aun así, la lectura de Vitulli es válida y ofrece aportes valiosos.

En resumen, *Instable puente* es un riguroso estudio sobre el Lunarejo y su mundo, bien planteado y sustentado que claramente presenta el ambiguo espacio que ocupa el letrado criollo en la cultura barroca.

University of Arkansas, Fayetteville

LUIS FERNANDO RESTREPO

